

encara inèdit, com inèdits són també altres treballs, monografies y obres del mateix, quedarà ben palesa la gran producció literaria de nostre perdut company, y lo molt honrada que quedà nostra Academia comptant a tan insigne patrici entre sos membres. D'ell pot afirmar-se qu'hi revisqué l'esperit dels Humanistes del Renaxement, significant-se en la Renaxença nostra com a cultivador de les més nobles disciplines, tenint ensemps una representació ben rellevant en els dominis de les Humanitats modernes, que val tant com dir, que en Soler y Palet s'exercitava en un culte ordenat, clar y viu de la Bellesa, de la Veritat y de la Bondat. L'humanista d'avuy «no es solament, com significava en el sigle XVIII, un devot exclusiu dels estudis clàssichs grèchs y llatins, sinó l'home que funda en la cultura literaria sa formació educativa y que mantén un sentit d'universalitat, d'humanitat, un esperit de cultura integral o general, com correcció y complement del especialisme científich».*

Axis fou 'l company la bona memoria del qual honorem en aquest acte. Si «*un bel morir tutta una vita honora*», ¿què dirèm d'aquell patrici que tota la seva vida fou exemplar, no esperant el morir per a fer-se digne de l'estimació y dels honors?

In memoria aeterna erit justus : ab auditione mala non timebit.

PELEGRÍ CASADES Y GRAMATXES

DON ISIDRO BONSONS Y SICART

(1850-1922)

El 14 de noviembre de 1922 se extinguía en Valldemosa, de la que hemos convenido en llamar *Isla Dorada*, uno de los hombres que, en nuestro tiempo, con más fervor y desinterés amaron los libros. En puesto de honor de los anales de la bibliofilia catalana figurará su nombre, con la particularidad de que por siempre habrá de resultar inseparable del del más insigne de los escritores castellanos,

* ADRENIS, article de *La Vanguardia*, 11 de febrer de 1925.

merced a la magnífica colección cervántica por él fundada y hace pocos años por él cedida a la Biblioteca de Cataluña.

¿Cómo pudo iniciarse en el corazón de nuestro compañero su amor por los libros? Pues de la única manera que podríamos reputar normal : por el amor a las letras y el placer de la lectura. Si considerásemos necesario hacer uso de esta característica inicial para clasificar a los bibliófilos, podríamos en cualquier momento, y sin gran peligro de equivocarnos, tener por verdaderos *bibliófilos* a los que empezaron demostrando extremada afición a la lectura, y considerar como *bibliómanos* a los restantes, sin que esto quiera decir que todos los grandes lectores hayan de ser tenidos necesariamente por bibliófilos, ya que la bibliofilia supone un estado de gracia, algo así como una excelcitud espiritual que no a todos es dado alcanzar.

Bonsoms, nacido de una opulenta familia de comerciantes barceloneses, fué enviado muy joven al extranjero a completar sus estudios para prepararse a seguir las especulaciones mercantiles a que, aparentemente, parecía predestinado. Visitó a Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y los Estados Unidos, permaneciendo largo período de tiempo en algunas de las grandes ciudades de estos países. Por eso el aspecto exterior de nuestro amigo, sus costumbres y la sólida cultura por él adquirida, demostraban inmediatamente quién era y le distinguían, no obstante ser el hombre más enemigo de figurar y lucirse. El trato sostenido con gentes tan diversas había hecho el suyo tan estricto y medurado, que no he conocido hombre alguno en quien el orden, la exactitud en todo y la seriedad más extremada se hallasen como en él revestidos de tan delicada y exquisita corrección.

El joven Bonsoms, al hallarse lejos de la casa paterna y de su tierra, hubo de apreciar, sin duda, los beneficios que el trato de los libros puede proporcionarnos en tales circunstancias. Nada, en efecto, como ellos para combatir la tristeza (o *espleen*, como es demonimada en algunos sitios), ya que nuestro expatriado sufría, seguramente, de añoranza, esto es, de mal de ausencia, al recordar los seres y las cosas de la familia. En tales circunstancias, ¿qué recurso máspreciado, qué mina más rica que el *Quijote*

para devolver el vigor y la agilidad al espíritu decaído! Esta reunión de libros, que después se convirtió en riquísima biblioteca cervántica, única en el mundo, empezó a formarse entonces : los primeros ejemplares que la constituyeron han de guardar entre sus páginas, sin duda alguna, el recuerdo de aquellos momentos de la vida de su fundador. Y nadie me dirá que pueda haber bibliofilia más pura, más sagrada — perdóneseme la hipérbole — que la que permite evocar las efemérides de una existencia por medio de los recuerdos que palpitan e invisibles aletean en el perfume que cada volumen despidе al abrirlo.

Como veis, la colección de libros de Bonsoms, así formada, no sólo constituye la obra de toda su vida, sino casi su vida misma. Retirado muy pronto de los negocios y poco dispuesto a prodigar su tiempo y sus afectos en las trivialidades del trato social, redujo sus amistades a lo más íntimo, y se dedicó por completo a su pasión de bibliófilo. Y sus amigos predilectos fueron, además de los libros, los amigos de los libros, con los cuales se complacía en sostener largas conversaciones, en que más que hablar escuchaba, aunque cuando se decidía a intervenir mostrábase siempre profundo conocedor de la materia y hombre de gustos delicadísimos. Adquirió la importante biblioteca cervántica que el malogrado Leopoldo Rius había ido formando, y así pudo Bonsoms, no sólo aumentar la suya, sino, también, hacer una expertísima selección de ejemplares. Y en esto sí que puede afirmarse que nuestro bibliófilo de nada se privó, pues algunas piezas de su biblioteca eran muchas veces el resultado de una habilísima reconstitución biblioquirúrgica, hecha de dos y hasta de tres ejemplares de una misma edición, eligiendo hoja por hoja y encuadernando después el volumen de un modo apropiado. El ejemplar conseguido de tal manera venía a ser algo así como un ejemplar fénix que surgía de los otros y compendíaba en sí las excelencias de todos. Estos delicados trabajos solía confiarlos Bonsoms a los más expertos encuadernadores de Londres y de París, aunque siempre doliéndose de que los nuestros hubiesen descendido tanto en la práctica del arte, y de que por ello se viese obligado a separarse de algunos de sus libros el largo tiempo que supone su envío al extranjero.

Pero no se reducía a esto la actividad de nuestro cervantófilo: impulsaba, siempre que había ocasión para ello, cualquiera empresa que tuviese por objeto aumentar el tesoro bibliográfico adscrito al culto de Cervantes. La biografía del escritor alcaláino, compuesta a mediados del siglo XVIII por el padre Martín Sarmiento — trabajo cuya publicación prohibió el autor, que sólo permitía sacar en su celda copias del manuscrito —, fué estampada (1898) a expensas de Bonsoms y por éste repartida gratuitamente entre los bibliófilos. La magnífica edición del *Quijote*, publicada por Ceferino Gorchs y Esteve (1892), con letra *bastarda* española, creada por éste, fué patrocinada con gran entusiasmo por nuestro amigo, quien se reservó uno de los contados ejemplares impresos en hojas de pergamino. Otras ediciones y publicaciones fueron, también, por Bonsoms estimuladas y espléndidamente subvencionadas, aunque ocultando siempre, con pudorosa dignidad de verdadero mecenas, su desinteresada intervención en tales empresas y sin que jamás pretendiese otra recompensa que la íntima satisfacción de verlas realizadas. La opinión de nuestro compañero era tenida en tanto aprecio, que casi todos cuantos se proponían alguna empresa de este género a él se dirigían en solicitud de consejo y, frecuentemente también, de algo más efectivo y tangible. En este último caso Bonsoms formaba rápidamente juicio exacto del solicitante y procedía siempre, ya aleccionado por la experiencia, según su corazón le sugería; y cuando no estimaba viable el proyecto expuesto, bondadosamente, sin que jamás le abandonase su impecable corrección, intentaba disuadir al que por falta de condiciones o de medios sólo podía fracasar en contra de sus mismos intereses. Así lo hizo una vez, entre otras muchas — la anécdota me fué referida por nuestro amigo —, con un malaventurado émulo de Gutenberg, quien, habiendo leído en un artículo periodístico que el único ejemplar de *Tirante el Blanco* (edición de Valladolid, 1511) lo poseía Bonsoms, a él se presentó nada menos que en solicitud de que le dejase el volumen para hacer una edición económica. Nuestro bibliófilo, en vez de negarse airadamente a tan absurda demanda, se limitó a poner ante los ojos de aquel pobre diablo la novela de Martorell traducida

al castellano, cuya sola reimpresión supondría el dispendio de algunos miles de pesetas. No es necesario advertir que el mal aconsejado tipógrafo — que cuando más, hubiese quizá podido estampar una cartilla en su *minerva* de pedal de medio folio — al verse ante el suntuoso ejemplar, guardado en primoroso estuche, ricamente encuadernado y compuesto de una inmensidad de páginas en letra gótica, llenas de siglas, desistió de su propósito, sin que Bonsoms tuviese necesidad de negar el favor solicitado.

Por el contrario, empresas de tanta o más importancia pudieron ser realizadas merced al concurso siempre desinteresado de nuestro bibliófilo. Así ocurrió con la *Bibliografía cervántica*, del citado Leopoldo Rius, y con el *Decamerón* catalán, obra ésta que pudo ser publicada por Massó y Torrents gracias al precioso y único manuscrito del siglo xv. facilitado por Bonsoms, y téngase en cuenta que seguramente quedan olvidadas otras publicaciones en las cuales intervino nuestro amigo.

Ya al final de su vida Bonsoms abandonó su residencia de Barcelona para establecerse en Mallorca : era que los médicos le habían advertido lo peligroso de la arterioesclerosis que empezaba a destruir el organismo del bibliófilo. El éxodo de la espléndida biblioteca hacia la Cartuja valldemosina, donde nuestro amigo había fijado su residencia, constituyó algo digno de verse y quizá de ser épicamente narrado. Nunca podrá nadie formarse idea de la serie de precauciones que nuestro amigo tomó para poner los preciados volúmenes a salvo de cualquier accidente marítimo. Por nada del mundo hubiera querido separarse de sus libros. Digo mal : él mismo fué quien, más adelante, y sintiendo pesar sobre sí la obligación moral de no substraer por más tiempo a los estudiosos los tesoros por él reunidos a fuerza de perseverancia y de dinero, decidió cederlos a su tierra y ciudad queridísimas, acto de generosidad tan extraordinario en un bibliófilo, que sólo de recordarlo bastaría para hacer de Bonsoms el más cumplido elogio. En vida, pues, se desprendió de las obras cervánticas (antes había donado una interesantísima serie de folletos y hojas sueltas), colección única en el mundo, que fué mandada a la Biblioteca de Cataluña con las mismas precauciones con que

de Barcelona había salido. A partir de este momento fué voluntad del donante que después de su muerte, y extinguido el usufructo reservado a la viuda, el resto de su biblioteca, riquísimo caudal de obras de bibliografía y ediciones góticas españolas de los siglos XV y XVI, pasase a ser propiedad de la misma Biblioteca, en que ahora se halla dignamente instalada la parte cervántica. Pero es justo consignar que los libros que nuestro amigo se reservó en Valldemosa pueden ser disfrutados, sin dificultad alguna, merced al celo de la señora Bonsoms, quien, honrando piadosamente la memoria de su llorado esposo, contesta las consultas que se le hacen con la misma precisión y diligencia ya proverbial en aquella casa cuando la presidía el ex académico, en cuyo honor redacto este recuerdo necrológico.

Don Isidro Bonsoms y Sicart ingresó como miembro numerario en esta Real Academia de Buenas Letras el año 1907 y cesó reglamentariamente como tal al trasladar su residencia a Mallorca. La vacante por él producida fué ocupada, todavía en vida del bibliófilo, por don Juan Givanel, quien, en su *Discurso* de ingreso, leído el 20 de mayo de 1917, tuvo ocasión de elogiar a su antecesor como académico. Y para todo lo que se refiera a la vida académica de Bonsoms me remito a lo dicho por Givanel en su citado trabajo. He preferido hablar de él como bibliófilo, exponiendo preferentemente este aspecto de la personalidad íntima del queridísimo amigo, ya para siempre ausente. Su gran amor a los libros le hacen a mis ojos digno de la sincera admiración, y por esto quedo profundamente agradecido a mis estimados compañeros académicos por haberme permitido hablar de él evocando su recuerdo en estas cuartillas, que no son, en verdad, lo que yo hubiera deseado que fuesen, ni lo que Bonsoms ciertamente merecía.

R. MIQUEL Y PLANAS

18 de abril de 1925.